



Obras de Berquess

- 1) Los años Verdos
- 2) El adonzejo de Emoultos
- 3) El Rayo de Luna
- 4) Es Raro

Pon Esa de Luinos

El Mandarin

ANT  
XIX  
69





13cms.

R. 66. 742

Biblioteca de Ferrocarriles.



LOS OJOS VERDES (A)

POR

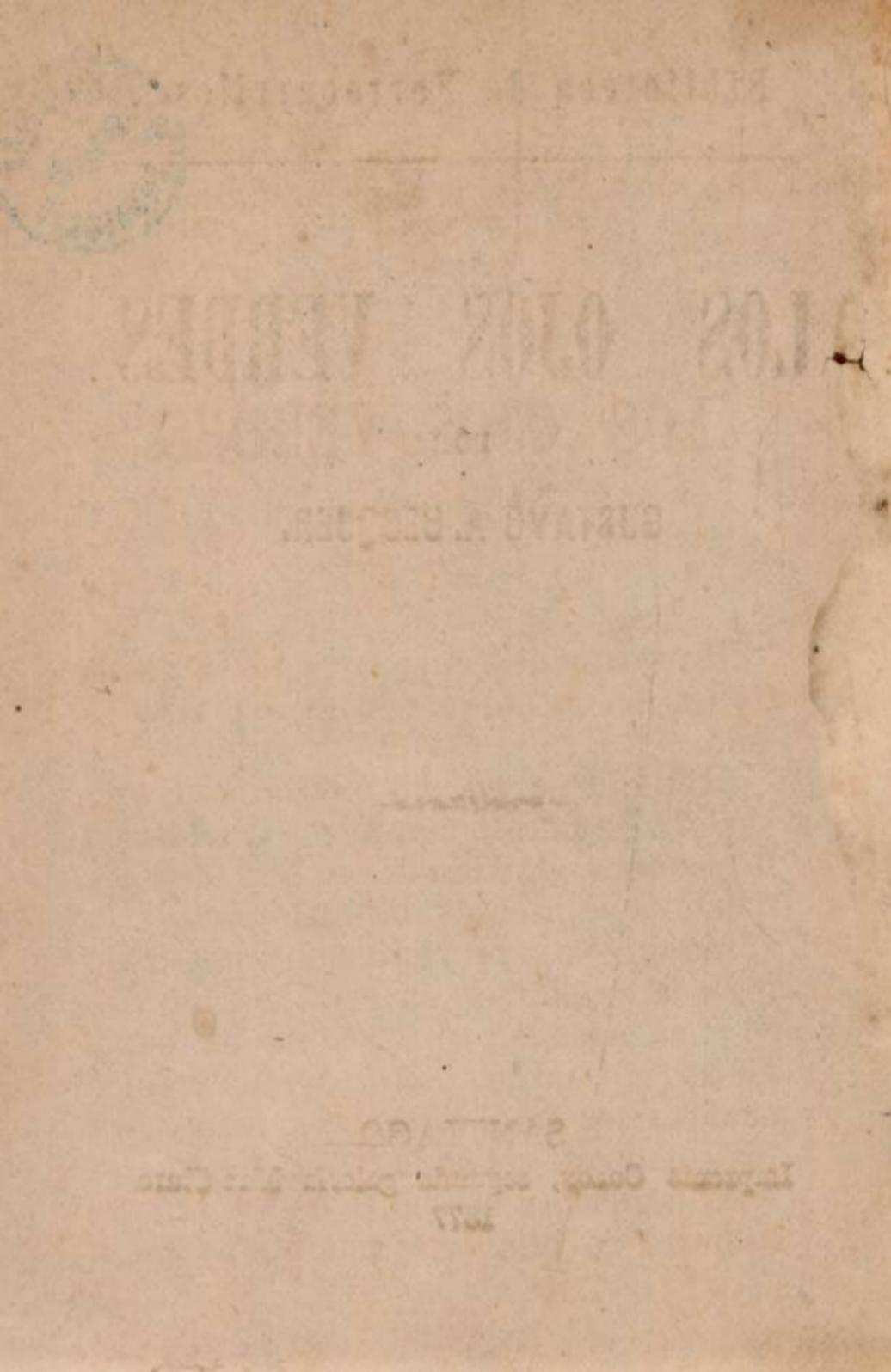
GUSTAVO A. BECQUER.

~~—~~

SANTIAGO

Imprenta COLON, segunda galería Mac-Clure.

1877



STANTON

Lynchburg, Va.

STANTON  
Lynchburg, Va.

## LOS OJOS VERDES.

---

Hace mucho tiempo que tenia ganas de escribir cualquier cosa con este título.

Hoi, que se me ha presentado ocasion, lo he puesto con letras grandes en la primera cuartilla de papel, i luego he dejado a capricho volar la pluma.

Yo creo que he visto unos ojos como los que he pintado en esta leyenda. No sé si en sueños, pero yo los he visto. De seguro no los podré describir tales cuales ellos eran, luminosos, transparentes como las gotas de la lluvia que se resbalan sobre las hojas de los árboles despues de una tempestad de verano.

De todos modos, cuento con la imaginación de mis lectores para hacerme comprender en este que pudiéramos llamar boceto de un cuadro que pintaré algún día.

I.

—Herido va el ciervo..... herido va; no hai duda. Se vé el rastro de la sangre entre las zarzas del monte, i al saltar uno de esos lentiscos han flaqueado sus piernas... Nuestro jóven señor comienza por donde otros acaban... en cuarenta años de montero no he visto mejor golpe... ¡Pero por San Saturio, patron de Soria! cortadle el paso por esas carrascas, azuzad los perros, soplad en esas trompas hasta echar los hígados, i hundidle a los corceles una cuarta de hierro en los hijares: ¿no veis que se dirige hácia la fuente de los álamos, i si la salva ántes de morir podemos darle por perdido!

Las cuencas del Moncayo repitieron de eco en eco el bramido de las trompas, el latir de la jauría desencadenada i las voces de los pajes resonaron con nueva furia, i el confuso tropel de hom-

bres, caballos i perros se dirigió al punto que Iñigo, el montero mayor de los marqueses de Almenar, señalara como el mas a propósito para cortarle el paso a la res.

Pero todo fué inútil. Cuando el mas ágil de los lebreles llegó a las carrascas, jadeante i cubiertas las fauces de espuma, ya el ciervo, rápido como una saeta, las habia salvado de un solo brinco, perdiéndose entre los matorrales de una trocha que conducia a la fuente.

—¡Alto!... ¡Alto todo el mundo! gritó Iñigo entónces; estaba de Dios que habia de marcharse.

I la cabalgata se detuvo, i enmudecieron los trompas, i los lebreles dejaron refuufuñando la pista a la voz de los cazadores.

En aquel momento se reunia a la comitiva el héroe de la fiesta, Fernando de Argensola, el primojénito de Almenar.

—¿Qué haces? exclamó dirijiéndose a su montero, i en tanto, ya se pintaba el asombro en sus facciones, ya ardia la cólera en sus ojos. ¿Qué haces, imbécil? ¡Ves que la pieza está herida, que

es la primera que cae por mi mano, i abandonas el rastro i la dejas perder para que vaya a morir en el fondo del bosque! ¿Crees, acaso, que he venido a matar ciervos para festines de lobos?

—Señor, murmuró Iñigo entre dientes, es imposible pasar de este punto.

—¡Imposible! ¿i por qué?

—Porque esa trocha, prosiguió el montero, conduce a la fuente de los Alamos; la fuente de los Alamos, en cuyas aguas habita un espíritu del mal. El que osa enturbiar su corriente, paga caro su atrevimiento. Ya la res habrá salvado sus márgenes; ¿cómo la salvaréis vos sin atraer sobre vuestra cabeza alguna calamidad horrible? Los cazadores somos reyes del Moncayo, pero reyes que pagan un tributo. Pieza que se refugia en esa fuente misteriosa, pieza perdida.

—¡Pieza perdida! Primero perderé yo el señorío de mis padres, i primero perderé el ánima en manos de Satanás, que permitir que se me escape ese ciervo, el único que ha herido mi venablo, la primicia de mis excursiones de cazador... ¿Lo ves?... ¿lo ves?... Aun se

distingue a intervalos de aquí... las piernas le faltan, su carrera se acorta; déjame... déjame... suelta esa brida, o te revuelco en el polvo... ¿Quién sabe si no le daré lugar para que llegue a la fuente? i si llegase, al diablo ella, su limpidez i sus habitantes. ¡Sús! ¡Relámpagos! ¡sús, caballo mio! si lo alcanzas, mando engarzar los diamantes de mi joyel en tu serreta de oro.

Caballo i jinete partieron como un huracan.

Iñigo los siguió con la vista hasta que se perdieron en la maleza: despues volvió los ojos en derredor suyo: todos, como él, permanecian inmóviles i consternados.

El montero exclamó al fin:

—Señores, vosotros lo habeis visto; me he expuesto a morir entre los piés de su caballo para detenerle. Yo he cumplido con mi deber. Con el diablo no sirven valentías. Hasta aquí llega el montero con su ballesta; de aquí adelante, que pruebe a pasar el capellan con su hisopo.

—Teneis la color quebrada; andais mústio i sombrío; ¿qué os sucede? Desde el dia, que yo siempre tendré por funesto, en que llegásteis a la fuente de los Alamos en pos de la res herida, diríase que una mala bruja os ha encanijado con sus hechizos.

Ya no vais á los montes precedido de la ruidosa jauría, ni el clamor de vuestras trompas despierta sus ecos. Solo, con esas cavilaciones que os persiguen, todas las mañanas tomáis la ballesta para enderezaros a la espesura i permanecer en ella hasta que el sol se esconde. I cuando la noche se oscurece i volveis pálido i fatigado al castillo, en balde busco en la bandolera los despojos de la caza. ¿Qué os ocupa tan largas horas léjos de los que mas os quieren?

Miéntras Iñigo hablaba, Fernando, absorto en sus ideas, sacaba maquinalmente astillas de su escaño de ébano con el cuchillo de monte.

Despues de un largo silencio, que so-

lo interrumpia el chirrido de la hoja al resbalarse sobre la pulimentada madera, el jóven exclamó dirijiéndose a su servidor, como si no hubiera escuchado una sola de sus palabras:

—Inigo, tú que eres viejo; tú que conoces todas las guaridas del Moncayo, que has vivido en sus faldas persiguiendo a las fieras, i en tus errantes escursiones de cazador subiste mas de una vez a su cumbre, dime: ¿has encontrado por acaso una mujer que vive entre sus rocas?

—¡Una mujer! esclamó el montero con asombro i mirándole de hito en hito.

—Sí, dijo el jóven; es una cosa estraña lo que me sucede, mui estraña.... Creí poder guardar ese secreto eternamente, pero no es ya posible; rebosa en mi corazon i asoma a mi semblante. Voi, pues, a revelártelo... Tú me ayudarás a desvanecer el misterio que envuelve a esa criatura, que al parecer solo para mí existe, pues nadie la conoce, ni la ha visto, ni puede darme razon de ella.

**El montero, sin desplegar los lábios,**

arrastró su banquillo hasta colocarle junto al escaño de su señor, del que no apartaba un punto los espantados ojos. Este, despues de coordinar sus ideas, prosiguió así:

—Desde el dia en que a pesar de tus funestas predicciones llegué a la fuente de los Alamos, i atravesando sus aguas recobré el ciervo que vuestra supersticion hubiera dejado huir, se llenó mi alma del deseo de la soledad.

Tú no conoces aquel sitio. Mira, la fuente brota escondida en el seno de una peña, i cae resbalándose gota a gota por entre las verdes i flotantes hojas de las plantas que crecen al borde de su cuna. Aquellas gotas que al desprenderse brillan como puntos de oro i suenan como las notas de un instrumento, se reunen entre los céspedes, i susurrando, susurrando, como un ruido semejante al de las abejas que zumban en torno de las flores, se alejan por entre las arenas, i forman un cauce, i luchan con los obstáculos que se oponen a su camino, i se repliegan sobre sí mismas, i saltan, i huyen, i corren, unas veces con risa, otras con suspiros, hasta caer en un la-

go. En el lago caen con un rumor indescriptible. Lamentos, palabras, nombres, cantares, yo no sé lo que he oído en aquel rumor cuando me he sentado solo i febril sobre el peñasco, a cuyos piés saltan las aguas de la fuente misteriosa para estancarse en una balsa profunda, cuya inmóvil superficie apenas riza el viento de la tarde.

Todo es allí grande. La sociedad con sus mil rumores desconocidos, vive en aquellos lugares i embriagaba el espíritu en su inefable melancolía. En las plateadas hojas de los álamos, en los huecos de las peñas, en las ondas del agua, parece que nos hablan los invisibles espíritus de la naturaleza, que reconocen un hermano en el inmortal espíritu del hombre.

Cuando al despuntar la mañana me veiais tomar la ballesta i dirigirme al monte, no fué nunca para perderme entre sus matorrales en pos de la caza, nó; iba a sentarme al borde de la fuente, a buscar en sus ondas... no sé qué; ¡una locura! El día en que salté sobre ella con mi *Relámpago*, creí haber visto brillar en su fondo una cosa estraña....

muy estraña... los ojos de una mujer.

Talvez sería un rayo de sol que serpeó fujitivo entre su espuma; talvez una de esas flores que flotan entre las algas de su seno, i cuyos cálices parecen esmeraldas... no sé: yo creí ver una mirada que se clavó en la mia; una mirada que encendió en mi pecho un deseo absurdo, irrealizable: el de encontrar una persona con unos ojos como aquellos.

En su busca fui un dia i otro a aquel sitio.

Por último, una tarde... yo me creí jugnete de un sueño... pero no, es verdad; la he hablado ya muchas veces, como te hablo a tí ahora... una tarde encontré sentada en mi puesto i vestida con unas ropas que llegaban hasta las aguas i flotaban sobre su haz, una mujer hermosa sobre toda ponderacion. Sus cabellos eran como el oro; sus pestañas brillaban como hilos de luz, i entre las pestañas volteaban inquietas unas pupilas que yo habia visto... sí; porque los ojos de aquella mujer eran los ojos que yo tenia clavados en la mente;

unos ojos de un color imposible; uno ojos...

—¡Verdes! exclamó Iñigo con un acento de profundo terror, e incorporándose de un salto en su asiento.

Fernando le miró a su vez como asombrado de que concluyese lo que iba a decir, i le preguntó con una mezcla de ansiedad i alegría:

—¿La conoces?

--¡Oh! nó, dijo el montero; ¡libreme Dios de conocerla! Pero mis padres, al prohibirme llegar hasta esos lugares, me dijeron mil veces que el espíritu, trago, demonio o mujer que habita en sus aguas, tiene los ojos de ese color. Yo os conjuro, por lo que mas ameis en la tierra, a no volver a la fuente de los álamos. Un dia u otro os alcanzará su venganza, i espiareis, muriendo, el delito de haber encenagado sus ondas.

—¡Por lo que mas amo!... murmuró el jóven con una triste sonrisa.

—Sí, prosiguió el anciano; por vuestros padres, por vuestros deudos, por las lágrimas de la que el cielo destina para vuestra esposa, por las de un servidor que os ha visto nacer...

—¿Sabes tú lo que mas amo en este mundo? ¿Sabes tú por qué daría yo el amor de mi padre, los besos de la que me dió la vida, i todo el cariño que puedan atesorar todas las mujeres de la tierra? Por una mirada, por una sola mirada de esos ojos... ¿Cómo podré yo dejar de buscarlos?

Dijo Fernando estas palabras con tal acento, que la lágrima que temblaba en los párpados de Iñigo se resbaló silenciosa por su mejilla, miéntras esclamaba con acento sombrío: ¡Cúmplase la voluntad del cielo!

### III.

—¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu patria? ¿En dónde habitas? Yo vengo un dia i otro en tu busca, i ni veo el corcel que te trae a estos lugares, ni a los servidores que conducen tu litera. Rompe de una vez el misterioso velo en que te envuelves como en una noche profunda. Yo te amo, i, noble o villana, seré tuyo, tuyo siempre...

El sol habia traspuesto la cumbre del monte; las sombras bajaban a gran-

des pasos por su falda; la brisa jemía entre los álamos de la fuente, i la niebla, elevándose poco a poco de la superficie del lago, comenzaba a envolver las rocas de su márjen.

Sobre una de estas rocas, sobre una que parecia próxima a desplomarse en el fondo de las aguas, en cuya superficie se retrataba temblando el primojénito de Almenar, de rodillas a los piés de su misteriosa amante, procuraba en vano arráncarle el secreto de su existencia.

Ella era hermosa, hermosa i pálida, como una estatua de alabastro. Uno de sus rizos caía sobre sus hombros, deslizándose entre los pliegues del velo, como un rayo de sol que atraviesa las nubes, i en el cerco de sus pestañas rubias brillaban sus pupilas, como dos esmeraldas sujetas en una joya de oro.

Cuando el jóven acabó de hablarle, sus lábios se removieron como para pronunciar algunas palabras; pero solo exhalaron un suspiro, un suspiro débil, doliente, como el de la lijera onda que

empuja una brisa al morir entre los juncos.

— ¡No me respondes! exclamó Fernando, al ver burlada su esperanza; ¿querrás que dé crédito a lo que de tí me han dicho? ¡Oh! Nó.... Háblame: yo quiero saber si me amas; yo quiero saber si puedo amarte, si eres una mujer.

— O un demonio... ¿I si lo fuese?

El jòven vaciló un instante; un sudor frio corrió por sus miembros; sus pupilas se dilataron al fijarse con mas intensidad en las de aquella mujer, i fascinado por su brillo fosfórico, demente casi, exclamó en un arrebató de amor:

— Si lo fueses... te amaria... te amaria, como te amo ahora, como es mi destino amarte, hasta mas allá de esta vida, si hai algo mas allá de ella.

— Fernando, dijo la hermosa entonces con una voz semejante a una música: yo te amo más aun que tú me amas; yo que desciendo hasta un mortal, siendo un espíritu puro. No soi una mujer como las que existen en la tierra; una mujer digna de tí, que eres superior a los demas hombres. Yo vivo en el fondo de estas aguas; incorpórea e

mo ellas, fugaz i trasparente, hablo con sus rumores i ondulo con sus pliegues.

Yo no castigo al que osa turbar la fuente donde moro; ántes le premio con mi amor como a un mortal superior a las supersticiones del vulgo, como a un amante capaz de comprender mi cariño extraño i misterioso.

Miéntras ella hablaba así, el jóven, absorto en la contemplacion de su fantástica hermosura, atraído como por una fuerza desconocida, se aproximaba mas i mas al borde de la roca. La mujer de los ojos verdes prosiguió así:

—¿Ves, ves el límpido fondo de ese lago, ves esas plantas de largas i verdes hojas que se ajitan en su fondo? .... Mas nos darán un lecho de esmeraldas corales... i yo... yo te daré una felicidad sin nombre, esa felicidad que has buscado en tus horas de delirio, i que no puede ofrecerte nadie... Ven, la niebla del lago flota sobre nuestras frentes como un pabellon de lino. ... las ondas nos llaman con sus voces incomprensibles, el viento empieza entre los árboles sus himnos de amor; ven... ven ... La noche comenzaba a estender sus

sombras, la luna rielaba en la superficie del lago, la niebla se arremolinaba al soplo del aire, i los ojos verdes brillaban en la oscuridad como los fuegos fátuos que corren sobre el haz de las aguas infectas... Ven... ven... estas palabras zumbaban en los oídos de Fernando como un conjuro. Ven... i la mujer misteriosa le llamaba al borde del abismo, donde estaba suspendida, i parecía ofrecerle un beso... un beso... Fernando dió un paso hácia ella... otro... i sintió unos brazos delgados i flexibles que se liaban a su cuello, i una sensacion fria en sus lábios ardorosos, un beso de nieve... i vaciló... i i perdió pié, i cayó al agua con un rumor sordo i lúgubre.

Las aguas saltaron en chispas de luz i se cerraron sobre su cuerpo, i sus círculos de plata fueron ensanchándose, ensanchándose, hasta espirar en las orillas.

FIN.

